

Bebe

Tamara Domenech

Tapa: Polimorfa. Óleo pastel sobre papel.
Bebe. Obra de teatro. 2018.

Domenech, María Tamara
Bebe / María Tamara Domenech. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires: María Tamara Domenech, 2019.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-86-1082-5
1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

Capítulo 1: Preparativos. Madre e hija.

Capítulo 2: Fiesta. Hija y señor.

Capítulo 3: La mañana siguiente. Madre y padrastro. Madre y hermana. Madre y padre. Madre y hermana. Padre e hija. Hija y hermana.

Capítulo 4: Hija y señor. Ambiente. Una montaña de cosas que no sirven. El baile de las alianzas. Esperanza. Bebe.

Capítulo 5: Después de un año. Hija y bebe. Señor y bebe. Bebe y madre. Bebe y padre. Hermana y bebe. Madre e hija.

Capítulo 1: Preparativos. Madre e hija.

1-

- Falta tanto para que oscurezca.
- Es que es verano y la luz se extiende más y más.
- Qué pasaría si una olvidara las cosas que aprendió hace mucho tiempo y pusiera en duda el nombre de las estaciones, la temperatura, la duración.
- Si te concentrás en lo que estás haciendo, ya vas a ver cómo se te pasa el día. No cortaste ni dos papas, a este ritmo, la fiesta nos encontrará sin comida.
- Quién eligió el menú. Me da la sensación que siempre comemos lo mismo, abundante, simple y decorado para que no se note su rutina.
- Es que nadie tiene tiempo. No te olvides que es diciembre y se amontonan un sinfín de compromisos. Por eso mismo, es mejor comer liviano para que nos queden ganas de bailar en cambio de ir a dormir, ¿te gustaría?
- Hace tanto que no lo hago, que me da lo mismo.
- Cómo podés decir eso a tu edad. Al contrario, tendrías que tener todas las ganas del mundo si no tenés hijos, trabajo y una casa que mantener, sólo este montón de papas, que serán uno o dos kilos.
- Tus palabras no me liberan, me hacen sentir una inútil. A veces, pienso que estoy preparada para lo que decís, más de lo que te gustaría a vos. Por ejemplo, a mi edad ya te habías casado y habías tenido tres hijas. Tengo una energía tremenda pero no sé para qué.
- Por eso te digo, qué tal si bailás, conocés algún chico, salís más o estudiás algo. Cuántas veces te dije que si estudiaras tu porvenir sería más seguro.
- No creo que sea así, sabés que lo intenté, me duele que me ignores. Quizá, los intentos sean la culminación de un determinado saber.
- No podés decir eso, habiendo probado una o dos cosas. Qué clase de energía es esa.
- No creas, cuando intentás algo y no sale como lo esperabas, pareciera que te desintegraras, por eso yo a la facultad no fui más.
- Al revés, vos tenés que pensar que si algo te cuesta es porque vale la pena. Una carrera es una profesión. Una profesión es un trabajo. Un trabajo es un sueldo fijo a fin de mes. Un sueldo fijo a fin de mes es estar segura. Estar segura

constituye una esperanza. Una esperanza es el aliento que una necesita para levantarse todos los días.

- ¿Vos me venís a decir eso, que te levantás todos los días minutos antes del mediodía?
- No quiero que seas como yo.
- Cómo quién querés que sea.
- Como vos.
- Y cómo voy a hacer coincidir la que soy con la que vos querés que sea.
- Cortá bien por acá, esta papa tiene un ombligo negro. Sacáselo así, con la punta del cuchillo. Queda feo si alguien lo ve.

2-

- Quién lo va a ver, si va a estar pisada, ¿no se supone que es parte del relleno?
- Pinchá para ver si está el estofado, tené cuidado no te quemes con el agua de la cacerola, está hirviendo.
- ¿Vos pensás que no me voy a dar cuenta? Cuántos años creés que tengo, mamá.
- Ya lo sé, aunque tengas un montón, a cualquiera le puede pasar, descuidarse y quemarse.
- Me da impresión la carne pinchada, le salen burbujas de los agujeros, parece ahogarse, si la sacara así, aun estando cruda, la salvaría.
- Qué decís, es un pedazo de carne, un animal muerto.
- Por eso, sacándolo de la cacerola lo dejaríamos morir en paz, que sería una forma de estar en paz con nosotras mismas, sentir que rescatamos a alguien, sin importarnos si es del agua de un recipiente, una pileta o el mar.
- No digas pavadas y hacelo.
- El vapor me hace sentir sucia, pensar que ya me había bañado, después de ayudarte a vos, me voy a tener que bañar de nuevo.
- No es a mí, es colaborar entre todos para poder disfrutar de un momento.
- No es así, siempre estamos nosotras dos haciendo cosas, el resto, en esta casa, pareciera estar sentado en un sillón destacado en el que tocan lo que usan y lo dejan donde está. Son muy piolas y vos nunca decís nada. Comen, se bañan, se cambian de ropa, dejan todo desparramado y quiénes juntan, vos y yo. A veces, esta casa me cansa. Los amo pero me cansan.
- No digas así, con todo lo que te dimos, con todo lo que tenés.
- Hace cuántos años pongo platos, los saco, lleno el lavarropas, saco la ropa. Muchas veces dijiste que no tenía que haber sirvientes en una casa. Y me pregunto, qué somos nosotras. La frase se impregna a la piel como el vapor pero me la quiero sacar enseguida de encima porque es pegajosa, irreal, una mentira.
- Bueno, está bien, andá a bañarte, a ver si se te pasa la mufa, pero que sea corto, mirá que somos cinco más.

- No sé qué ropa ponerme.
- ¿Y ese vestido negro finito?
- Me parece que me marca mucho.
- Si tenés una figura preciosa.
- A mí me da vergüenza, mi cuerpo me gusta pero mi cara no. Qué dice mi cara, má.
- Que te va a pasar algo importante.
- Cuándo, ¿hoy?
- No sé, no soy adivina, soy tu mamá.
- Y vos, qué te vas a poner.
- Me parece que la blusa con el pantalón negro.
- Me parece raro que vayamos vestidas con los mismos colores.
- Por qué, ahora qué culpa tienen los colores.
- Es que uniforman. ¿Transmitiremos hacia afuera las mismas sensaciones impregnadas en prendas distintas?
- Vos pensá en que el negro te hace elegante.

3-

- Ya te bañaste, mirá vos.
- Si me dijiste rápido es rápido, primero me enojé porque la verdad es que tenía ganas de quedarme bajo la ducha fría con este calor pero también pensé que así ganaba tiempo para probarme ropa, sin pelear con las chicas que siempre quieren lo que quiero yo.
- No es tan así, muchas veces a vos te dan ganas de probarte lo que tienen tus hermanas pero como sos la mayor, la más alta, no te entra la ropa de ellas.
- Puede ser, qué tal me queda.
- ¡Estás hermosa! Ese vestido creció con vos.
- Sí, es verdad, desde séptimo grado. Creo que, como fui tan feliz en la fiesta de recibida, siempre pensé que la felicidad estaba en este vestido, si me lo volvía a poner me iban a pasar cosas sorprendentes.
- A mí me encantaría pero, me ponga lo que me ponga, siempre estoy igual.
- ¡Cómo podés decir eso! ¿Qué sos, un robot?
- No, pero no me gusta pensar. Y sentir, a veces, es pensar, hacer presente algo que te pasa o habías olvidado. Prefiero cuando siento y listo, no tengo la intención de registrar, para qué, ¿para cambiarlo? Es raro que las personas estén a gusto con lo que les pasa, por eso necesitan nombrarlo y la palabra disuelve lo que estaba creciendo, solo, a oscuras, despacio.
- ¿No creés que debamos comprar un espejo más largo? Desde que crecimos nos vemos por la mitad. Nunca me veo las piernas, los pies, cómo me quedan estas sandalias.
- Si yo comprara todo lo que me piden ustedes gastaría una fortuna y, por fortuna, no tengo dinero. Si lo tuviese dónde meteríamos las cosas en este departamento. Ya no sé cómo acomodarnos. Está todo en cajas que nadie rotuló, cuando buscamos algo hay que subir y bajar para ver si lo que hay es lo que estábamos buscando. Mirá lo que es este lío. Cajas con zapatos, ropa, vajilla, juguetes, recuerdos, papeles. No veo la hora de decirles adiós.
- ¿A nosotras?

- No, a las cajas. Pero me cuesta desprenderme de ellas porque sería desprenderme de ustedes.
- Y sí, te tenés que ir haciendo la idea, algún día nos vamos a ir.
- Espero que falte mucho, prefiero vivir caminando en líneas finas y rectas con mucha delicadeza para que no se caiga nada y estemos juntas aunque vivamos apretadas.
- Qué raro que nunca hayas pensado en mudarte a un lugar más espacioso.
- Yo vivía así en Perú, en el campo, corriendo, trepada a los árboles, sacando frutos de los árboles, cuando vine a esta ciudad, me enamoré. Primero me enamoré de esta ciudad y después de tu papá.
- Yo nunca entendí por qué decidieron separarse, si a los dos les pasaba lo mismo con este país.
- Es que él era muy inquieto, prolijo, todo el día ordenando, para qué, meté todo así no más, le decía yo, en cajas, ellas tapan y el lío no se nota, hagamos un paseo que no sea pasar el trapo sobre el piso de esta habitación, le repetía.

4-

- Pienso en nuestra habitación con dos camas cuchetas y un placard, conjuntos de maderas apiladas sosteniendo un peso muerto. Cuando veo la cantidad de perchas, vencidas en el centro, me pregunto por el resto de la estructura de metal, los extremos, el gancho con forma curvilínea sostenido del barral, ¿se harán los distraídos o no se darán cuenta? A veces, para ayudar no hace falta preguntar. Ya si preguntás, dejás un espacio tonto, un espacio en blanco, que hace que el otro vea nublado y, que en vez de decir la verdad, mienta. ¿Necesitás ayuda? No, no hace falta. ¿Estás seguro? Sí, quedate tranquilo, gracias igual por preguntar. Son mentiras industriales con bordes que terminan donde no debieran terminar. Las preguntas. Yo creo que, uno tiene que hacer algo sin que el otro intervenga, porque, justamente, ya sabe que ese otro miente y, como le cuesta pedir, dice que no necesita nada. Así que desde ya te voy diciendo que, durante las vacaciones, voy a vaciar las perchas, sacar la ropa de los cajones para ver con tiempo con qué cosas me quedo y con cuáles, no. Quiero tener tiempo de buscar el equilibrio. Por ejemplo, este vestido en una sola percha se luce, ahora, cuántas dejan de destacarse por estar apiladas, unas sobre otras, quedan mangas, cuellos, faldas que sobresalen, apenas, por los costados, pidiendo auxilio, porque otros los aplastan. Si fuéramos capaces de elegir uno, dos o tres recuerdos, les permitiríamos expresar el brillo, la opacidad pero, como no nos gusta recordar, tapamos para no sufrir. Y, creo que es al revés, si contempláramos una prenda que fue comprada, usada, lavada, encajonada y regalada dejaríamos que tuviera una vida plena, con sus sinsabores. Esta manía de comprar el último jean, la última zapatilla. Suerte que a mí no se me dio, son los años los que nos hicieron acumular, la ropa desde la primera infancia, me querés decir para qué tener todo eso guardado. No sé, quiero verla desplegada y darle otras oportunidades, para qué la queremos si acá está muerta. La única visita que recibe es la puerta, nodriza opaca y seca, explicame mamá por favor, de qué sirve la protección maciza de pino, si con sólo abrirla no más se despliega el color, las fundas de nylon se rompen, las perchas se caen al piso y qué mejor que aquello que ni sabíamos

que teníamos, salga a nuestro encuentro y nos invite a bailar un vals, como cuando cumplí quince años y bailamos frente al espejo, la mujer que era con la que soy, la mujer que eras con la que sos, las mujeres que deseamos y somos ahora, fuera del departamento, en la vereda, a la noche buscando otros amigos y otros, más otros, integrando una manada de ropa en desuso que disfruta, se secan los hongos, no traspasan la tela, ni la piel, nos volvemos rosas de mirarnos hasta los cachetes y los labios, pintadas de una manera especial - hecha de intención-, cuántas cosas podemos lograr que estaban al alcance, de nuestro lado, y, por comodidad, costumbre, cobardía, falta de ganas, dejamos a la deriva, como si dependiera de otros, sin habernos dado el gusto, nos los damos y disfrutamos.

5-

- Bueno, ya estoy lista, qué te parece.
- ¿Vas a ir así, con el pelo revuelto?
- Lo tengo suelto mamá, no revuelto.
- Pero es que da la sensación de no sé, como si te faltara algo, no estuvieses terminada. Yo que vos me pondría una hebilla, una cinta, una vincha, un accesorio hace que lo común se exalte. Es como el maquillaje, remarca los bordes, te afirma, a eso voy, para mi gusto necesitarías algo que presentara el pelo que sos, el pelo que tenés. Por ejemplo, ¿te acordás de esa vincha con perlas blancas y rosadas que tuviste que darle a la mamá de la que era tu mejor amiga? Era hermosa, cada dos perlas un estrás, cualquiera que se la ponía se convertía en princesa. Y, pensar que se la devolvimos porque te dije, más importantes que las cosas son las personas y nunca más quise volver a verla. Me acuerdo de ese día, como si fuese ayer, el dolor que sentí cuando me llamó por teléfono y me dijo, mi hija quiere que la tuya le lleve su vincha que es así y asá, fijate si podés hablar hasta que se sincere. Esa palabra sentí que me quemaba porque te ponía en el lugar de la culpable, de la ladrona. Y quién tenía razón, eran sus palabras contra las mías. En ese momento, me di cuenta que hay verdades, no una verdad, ni blanca ni negra, una princesa gris, hecha de polvo, cemento, una princesa vieja. Pienso en las palabras. Las buenas, las malas. Las que protegen, las que desnudan. La vincha es tirante. El día que me llamó, lo hizo desde el lugar de madre y mi dolor fue que yo creía que era mi amiga, pero una amiga no te dice así, no usa esas palabras para referirse a tu hija. Yo no quise interferir en tu relación con la nena pero mi relación con ella se resintió. Quizá tengas razón en llevar el pelo suelto, la frente despejada sin caprichos, los ojos grandes para ver quiénes son los que están, la tranquilidad de las posiciones que una adopta frente a las circunstancias, llegar a entender un sentimiento sin desmenuzarlo, volverlo chiquito, una limosna que te dan o das, en vez de captarlo en su dimensión real, requiere de cierto arrojo, pasar por un tubo angosto oscuro de tu propio corazón, donde las palabras tiemblan de reproches pero no te dejás llevar, en cambio, te concentrás en las

respuestas que son lo más difícil de dar y te das cuenta que hay personas con las que compartís palabras exquisitas que hacen que vivamos cosas únicas sin que nos rebajen.

- Me acuerdo, la nena, mi mejor amiga. Siempre llorando. Un día le pregunté, qué era para tanto y me contestó que era la muerte. Que ella lo que más temía era a no existir más. Y le dije, mirá que te vas a estar haciendo problemas desde ahora. Si ahora estás viva, qué te importa cuando no estés. Y ahí me confesó que no temía la suya sino la de madre. Ese día estábamos sentadas sobre su cama con la espalda apoyada en la pared mirando una ventana, recuerdo las dos temperaturas, le dije algo así como que ella tenía que pensar en qué cosas amaba hacer, pero sus ojos se perdían, yo no sé lo que buscaban ahí afuera, no había nadie, a lo sumo uno o dos pájaros que se posaban, unos instantes, en los techos de las casas vecinas y no los volvíamos a ver.

6-

- Al final me mentiste, me dijiste que te ibas a vestir con un color diferente al mío y no es así, qué mala sos.
- Qué querés que haga, este año que me había propuesto hacer gimnasia, modelar las caderas y no lo hice, como tantas otras cosas más y el negro reduce, estiliza, te achica.
- Ya veo que vamos las cinco vestidas igual. Qué van a pensar en la fiesta. Que somos siamesas. Que no nos quedó otra cosa, sólo una parte en la que ya entró la otra. Un apretujamiento. Cómo será la fiesta.
- No tengo idea, somos un conjunto de personas que no tienen familias con quiénes estar, yo creo que eso es bueno, juntar lo disperso.
- O no, lo disperso me suena a roto, pensá en un vaso, jarrón o en un plato que se cayó y se rompió, sus partes pegadas, por qué, con qué, para qué, puede llegar a ser un engendro afectivo.
- Para mí, igual es mejor salir de la casa, brindar y charlar de otras cosas, ¿no te aburren nuestros temas?
- Sí, en ese sentido, tenés razón. Nos hará bien escuchar otras voces que no sean las nuestras. Corremos el riesgo de acostumbrarnos tanto que dejemos de entender otros puntos de vista, sabores, maneras de agarrar los cubiertos y llevarnos la comida a la boca.
- Además, es un rato, si nos aburrimos nos vamos. No tenemos ningún compromiso. Eso lo tendríamos con nuestros ancestros. Escuchar historias repetirse en un casete mental que pasa de generación en generación: así nos saludamos, con mucho respeto, no debemos esto y aquello, compartí tus obsequios, te amo.
- A veces pienso, ¿no extrañás a los abuelos, tus hermanos, tus sobrinos?
- Claro que sí, pero están adentro mío, no necesito verlos. Yo creo que para que un hijo decida irse de al lado de sus padres tuvo que visualizar su muerte. Hay hechos que se entienden en sus bordes. Si no pensás así creés que la vida se alimenta de vida. La de tus padres con la tuya. La tuya con la de tus padres y se arma un mejunje bárbaro, puede resultar extravagante o una porquería. Yo

creo que uno tiene mucho para aprender del dolor. A los veinte años me los imaginé en un cajón y me dije, sabré seguir adelante. Eso me dio fortaleza, por eso quise tener hijos y cambiar de país. En cambio, lo que no podría soportar sería la muerte de alguna de ustedes. Soy floja, esa fortaleza lustrada durante años se opacaría inmediatamente. Quisiera no existir más. Aunque una voz dentro de mi cabeza dijera, dale, seguí adelante por las otras. Yo creo que quisiera morir pero no me arrepiento de esa idea porque les dejaría un modelo para desenvolverse en la vida, que no es óptimo pero es el que elegí. Fortaleza y fragilidad. A veces, pienso que vivimos en un mundo que sólo le abre la puerta al dicharachero, que no soporta penas ni lágrimas, aislamos de los otros lo que no podemos tolerar. No sé si está bien o mal. La tristeza es paz pero esta sociedad no quiere paz, quiere aturdimiento, dibujitos animados.

- Yo creo que con este vestido parezco un helado de chocolate.
- Me hacés reír, qué rico.
- Helados suspendidos en el salón de una casa a la que nunca fuimos. Deseo que los demás vibren con nuestro aspecto, gustos por descubrir.

Capítulo 2: La fiesta. Hija y señor.

1-

- Hola, qué tal, buenas noches.
- Hola, bienvenidos.
- Gracias.
- Pasen por acá, pónganse cómodos.
- Dónde dejamos los abrigos, las carteras.
- ¿Ves aquél sillón? ahí arriba o sobre mi cama, que está en esa habitación enfrente tuyo.
- ¿Y las bolsas con la comida?
- La cocina está al final de este pasillo.
- Qué hermosa casa.
- ¿Te gusta?
- Sí.
- Parece sencilla y cómoda.
- Me gustan los colores en las paredes, ¿los elegiste vos?
- Ya estaban pintadas cuando vine a vivir acá y no quise cambiarlas porque me parecían alegres. A algunas tendría que pasarles una mano más pero no tengo tiempo.
- Por qué, ¿mucho trabajo?
- Tengo un kiosco las veinticuatro horas.
- ¡Uy! Me imagino. Una esclavitud.
- Sí, pero sabés qué, yo renegué de todo, hasta de mis padres: hice una carrera, un terciario, un curso y vas a ver cómo te las arreglás para que el trabajo sea una parte del día y no tu vida. Pero yo en ese sentido fui medio vago para el estudio pero un soldado para el trabajo. A mí que no me vengán con los libros, los libros son las personas que tienen necesidad de hablar, contar y pasan el tiempo buscando quien los escuche. Si vieras el mostrador frío, metálico, duro, cómo se transforma en un sofá en el que los clientes se descalzan, se sientan cómodamente y charlan sobre lo que los preocupa o tienen necesidad de contarte.

- Me imagino...Te quería preguntar, hay algunas cosas que son para la heladera pero otras se pueden poner directamente en la mesa, si me decís dónde está ya las apoyo. Se me están durmiendo las manos con estas bolsas.
- Vení por acá. Dejá las cosas donde puedas, yo voy al patio para ver si los invitados necesitan algo y decirles que en esta casa no se pide permiso, así que total libertad para sacar las bebidas que tengan ganas.
- Gracias.

Toco los bordes de esta mesa maciza marrón mezclado con rojo. Pesada. Su consistencia me da calor. Repleta de platos y platitos, fuentes y recipientes, cuchillos para untar, tenedores, servilletas. Todo junto en el centro para que nada corra el riesgo de caerse. Es una maqueta de emociones sin peligro: Lechuga fresca, rodajas de tomate, mayonesa, pan cortado al medio y rebanadas finas de carne. Me recuerda a las tardes que viví con mis abuelos cuando los conocí en Perú. No teníamos palabras porque en diez años no nos habíamos visto, sin embargo, había una familiaridad, una comodidad, los asientos del auto eran acolchados, la temperatura del sol entibiaba mi pelo, mi cara sobre una ventanilla, el atardecer.

2-

- ¿Comiste bien?
- Riquísimo.
- ¿No querés nada más?
- Prefiero reservarme un espacio para el postre.
- No sé qué habrán traído. Yo, por las dudas, saqué unos helados del kiosco.
- Me encantan.
- ¿Querés uno ahora?
- Estoy bien así, espero a los demás.
- ¿Te gusta bailar?
- Antes me encantaba, ahora me da no qué.
- ¿Vergüenza?
- Me desacostumbré.
- Cómo se va a desacostumbrar una chica de tu edad.
- ¿Y vos? ¿No bailás? ¿No te gusta?
- A mí me basta con la música. No necesito mover el cuerpo. Escucho música y bailo por dentro, ya vibro algo distinto.
- A mí me pasa eso con la radio que te sorprende con las canciones que se entrelazan en el aire, como si fuera por azar.
- No sé si escuchaste pero lo que está sonando ahora es radio, una que pasa música sin publicidad.
- Qué bueno, cuál es.
- Ahora cuando me levante me fijo, ¿sabés cómo me tienen las publicidades a mí?
- Podrido.
- Todo el tiempo recibo mercadería que, a su vez, viene con productos de promoción, regalos los llaman los distribuidores para convencerte de que la pongas en un lugar privilegiado de la vitrina. Puro color, azúcar, negocio que se deshace, enseguida, en la boca.
- Debe ser entretenido acomodar golosinas. El olor me encanta.

- Es lo que es. No sé hacer otra cosa. Antes tenía un flete pero entre tener que desmontar casas enteras, trasladarlas y montarlas en otro lugar y transportar cajas de caramelos, te puedo asegurar que hago menos esfuerzo. El cuerpo deja de dolerte si no hacés sacrificios. Para qué. Para quiénes. Con qué objetivo. La vida es una, no hay que malograrla. Y vos a qué te dedicás.
- Yo la ayudo a mi mamá con las cosas de la casa y cuido a mis hermanas. Terminé el secundario, empecé una carrera y desistí. Mucho estudio y siempre desaprobaba. A lo mejor, pensé, eso no era para mí. Por qué sufrir desde que me levantaba hasta que me iba a dormir. Además era escuchar el peso de mi mamá: cómo te fue, qué te tomaron, cuánto te sacaste, ¿te preparo algo de comer así tenés energías para seguir?
- Tremendo. Aunque te lo dice por tu bien.
- Es el mal.
- ¿Entonces?
- Mientras ayudo en mi casa pienso. Yo confío en que la verdad aparece sin desesperar.

3-

- Qué tal si salimos al patio. Tengo una sidra que te va a encantar. La traigo y seguimos charlando.

Espero a que regrese el dueño de casa, sentada en una silla debajo de un árbol. Mi vestido negro se mimetiza con la noche y me camufla. Si no me muevo contemplo la mesa, la luna, los invitados como parte de un paisaje transparente. El único color que resplandece es el plateado, el envoltorio frágil de garrapiñadas y turrone. Mi madre baila con mi padrastro, dan unos saltos hacia adelante y otros hacia atrás, una mezcla de cumbia rancheada. Me gusta cuando se ríen. Yo creo que mi mamá se enamoró de él por su sonrisa. Se va al trabajo, vuelve y es el mismo, la cara intacta. Y mi mamá también, es exigente y alegre. Se las ingenia para resaltar cosas por probar. Llama a su madre para que le recomiende recetas y, aunque no las haga, la voz la hace sentir tranquila a miles de kilómetros de distancia. Al mediodía regaña, la ropa tirada, los mandados sin hacer, se arrepiente de no haber dejado suficientes currículums en hospitales cercanos. Aunque de golpe se le pase, se debe dar cuenta de que, en vez de estar sacando y poniendo papagayos y sondas, está en casa con las ventanas abiertas y las cortinas recogidas por si le vienen las ganas de limpiar, que la casa sepa que está preparándose para ella. Abre cajas, mete el despiole y sigue como si nada, porque nada malo pasó, el desorden de los días, que no son los días, tiene esa capacidad de separación. Mi mamá no se desespera, las cosas son para usar, las personas aman, dándoles los gustos que una sea capaz. Si le pedís cualquier cosa te la da, aunque sea un disparate, siente que tenés que llevarlo a cabo, como la vez que le dijimos vendamos maquillaje, lo traemos de Brasil y duplicamos el precio. En la puerta de la escuela. En la puerta de los hospitales. Hacemos reuniones con amigos. Y luego, con amigos de los amigos. Salgamos pintadas. Y así fue, hizo traer pupas con espejos y pisos despleables. Después fue más complicado organizar, reponer, vender, el deseo se había transformado en un lugar y había dejado de ser un juego. Yo creo que mi mamá es una niña encaprichada por mi futuro.

A veces, me parece que lo que deseo ya está en el cuerpo de otro y me reflejo entera, en una decisión tomada, que alguien te comparte porque te quiere.

- Tomá, te traje una copa de sidra, probala, te va a encantar.
- Gracias.

Tomo un sorbo y otro más, lo más despacio que puedo. Cada burbuja pasa por mi lengua, mi estómago, llega a mi cabeza. Siento la vibración de una colcha mantel sacudida y desplegada al aire libre. Viento y silencio.

4-

- Me pregunto cuánto tiempo hace que estas hojas están colgadas de esta rama.
- Los árboles enanos nunca me gustaron pero ya estaban cuando vine a este lugar.
- Parecen de plástico, su ser envasado al vacío, su textura irrompible. Como si nunca les pasara nada.
- Hace cinco años que alquilo y esta planta nunca creció, ni se achicó, ni se le pusieron las hojas amarillas.
- Me impresiona cómo un ser vivo tiene el aspecto de un decorado.
- Un decorado viviente que absorbe nuestro dióxido de carbono y lo transforma en oxígeno.
- ¿Nunca pensaste en sacarlos afuera?
- ¿A la calle?
- Sí.
- Por qué, pobrecitos, si no te hicieron nada. Mirá allá atrás, levántate, ¿querés venir conmigo?
- Dale, qué hay.
- Estos árboles reales parecen reales.
- Cuánto tiempo hace que no barrés. Esta montaña de hojas en pleno verano es una confusión.
- Las dejo para los asados. Mientras se calienta el carbón las echo al fuego. Sale una fragancia que me recuerda a mi abuelo cuando íbamos al campo de un amigo. Pienso que es un perfume que viene de la infancia a visitarme.
- Qué lindo lo que decís. Tus palabras. Busquemos una rama e intentemos escribir nuestros nombres entre las hojas.
- A ver, si hay por acá, no sé.
- Sino así, con el pie. Yo escribo el mío y vos el tuyo.
- O, al revés.
- Como no corre ni una gota de viento, quién te dice, se van a quedar ahí varios días.
- O los podemos borrar ahora mismo. Qué te parece que haga.

- Dejémoslos hasta la hora del brindis. Si no se movieron los deshacemos para que el pensamiento -siempre invisible- no sea incierto.
- Mirá esta hoja. Qué increíble, cómo se conservó.
- Sus nervaduras parecen un esqueleto.
- Su color ceniza es extraño.
- No tanto si pensamos en el color del pelo cuando envejecemos. Mirá el mío, ya le falta poco para ponerse así.
- Qué decís.
- Eso. Vos sos muy joven pero yo no.
- ¿La edad entre los seres es importante?
- Para mí no.
- Para mí tampoco.
- Qué tal si bailamos.

El Señor arranca una rosa roja china y me la coloca detrás de la oreja. Me siento especial para él y para mí.

5-

- Qué te parece si preparamos la mesa dulce.
- ¿No es muy temprano?
- Ya casi van a hacer las doce.
- Esperemos. Después cortamos el pan dulce y servimos el champagne.
- Como quieras, lo decía para ayudar.
- A veces, hay que dejar que los otros se den cuenta de que, si nos son ayudados, tienen que hacer algo para seguir pasándola bien.
- Pero también es importante cómo presentes las cosas.
- No hacen falta. Las cosas se presentan solas. Las dejás y los demás agarran.
- ¿No me vas a decir que es lo mismo poner platos, cubiertos, un lindo mantel a dejar la comida en el centro y que los demás la manoteen? Justo vos que, cuando llegamos, ya tenías la mesa puesta, hermosa.
- La puse y confié en que otras cosas las hicieran los demás.
- ¿Cómo abrir la heladera para servirse lo que quisieran tomar?
- Sí, y después creer en que ordenemos la casa antes de que termine la fiesta.
- Eso no va a pasar.
- ¿Vos no?
- No.
- Por qué.
- La confianza es una ilusión. Es algo que vos querés que pase pero no pasa o pasa tan pocas veces que no forma parte de tu realidad. Por eso, para mí hacés las que pensás que están bien o las pedís directamente. Por ejemplo, yo que vos, antes de que se vayan los invitados, les diría: gracias por haber venido, espero que hayan disfrutado, ahora, entre todos, tenemos que dejar la casa como estaba ni bien llegaron. Para mí el amor es eso, sino es una avivada.
- Quizá tengas razón. A veces, por tener compañía uno hace cualquier cosa.
- Por lo que sea que a uno le haga falta. A mí me pasó muchas veces, quedar lo que se dice cansada, de poner, sacar, lavar, barrer y, cuando te das vuelta, ves un montón de gente dormida. Eso qué significa. ¿Que iban a colaborar al día siguiente o pensaron que era mejor dormirse para que otros lo hicieran por

ellos? Ya la palabra dormir es sospechosa. Cuántas razones existen. Un montón. Que tenías sueño, estabas borracho, tenías modorra, estabas triste. El sueño calma cosas, es una forma de esconderlas.

- No sirvamos nada todavía y pidamos que nos ayuden con la casa antes de irse y listo. ¿Te gusta hacer cosas, no?
- Sí y no. Me gustan que estén dispuestas de una manera que te den ganas de probarlas y eso requiere cierto trabajo. Y no, porque me da miedo que los demás me dejen de querer si soy de otra manera o no hago nada.
- Yo no quiero que hagas nada.
- Eso me asusta.
- Por qué.
- Porque por ahí me hace extrañar quién fui. Qué valentía se precisa para dudar.

6-

“Cuidadito con la nena usted, no se haga el distraído cuando le hablo”, escucho que le dice mi mamá al señor que nos invitó para que todos los pasáramos lo más bien.

Quedate tranquila, le digo a mi mamá, ahora acomodamos estos muebles y vuelvo. Mi mamá insiste y le dice, usted debería llavármela que tiene auto, no la deje en la parada del colectivo. Si la quiere, me doy cuenta por cómo la mira, la tiene que cuidar, ¿me entendió?

Mi madre se va y el señor me pregunta:

- ¿Tu mamá siempre fue así?
- Así, cómo.
- De cuidarte tanto. No sos una bebé.
- Pero soy su hija. Yo creo que cuando una es madre la protección no cambia con los años.
- Yo creo que me habló así por mi edad.
- Qué tiene de malo la edad.
- Nada pero creo que, por ahí, le da rechazo. Seguro quiere verte con alguien de tu edad.
- Puede ser, ya probé, son muy pavos.
- ¿Y yo?
- Con vos siento algo distinto.
- ¿Aunque sea viejito?
- Qué significa.
- Cuando te arrugás, el pelo se pone blanco, a veces, te sentís endeble porque no podés hacer las cosas que hacías antes.
- Ah, entonces yo también soy vieja.
- Por qué.
- Porque casi siempre me siento así.
- Cómo.
- De golpe estoy de una manera y de repente de otra. Yo querría tener un lugar sin tenérmelo que hacer. Porque eso demanda fuerza y por qué andar

forzando, el sólo existir tendría que ser razón suficiente para que no te lleven por delante. La hormiga que come la hoja le deja un agujero. Quizá me falte carácter y, sin él, es muy difícil que respeten el vacío que te queda, el vacío que tenés.

- Yo creo que sos hermosa, una persona que transporta la respiración de un acontecimiento vegetal.

Veo muchas personas en el kiosco que entran y salen corriendo, piden las cosas como si jadearan, siempre con la lengua afuera. Dónde van, quién los espera, en qué momento hacen lo que aman, cuándo disfrutan, hasta dónde llegaron, cómo saben si extrañan o no, a quienes hayan o los hayan ayudado. Si corrés date cuenta de que estás corriendo. Si besás estás besando. Si no sabés qué hacés, estás confundido. Pasan tantas emociones en un minuto que sería necesario escribirlas. Sería algo así como vivir dos veces. Y, si encima te encontraras a alguien que quisiera escucharte leer, ya serían tres veces en un solo local, con una sola persona. Encontrarías a alguien que te quiere.

- ¿Me puedo quedar a dormir?
- Sí, me encantaría.

Capítulo 3: La mañana siguiente.

1- Madre y padrastro.

- Qué lindo lo pasamos anoche.
- Y eso que casi no nos conocíamos.
- Es verdad. A veces, hay sintonía.
- Nos hizo sentir como en su casa.
- Fue muy distendido. La forma en que nos esperó, con la mesa servida, eso hace que no tengamos que estar, hasta último momento, poniendo y llevando cosas.
- Igual nos lo cobró. Viste cómo nos paró antes de irnos. Eso lo dijo para que lo ayudemos.
- Y qué te pensás. Si nos íbamos era de mala educación.
- Eso pienso, tu hija no volvió.
- ¿Lo decís por la educación que recibió?
- No quise decir eso.
- Pero lo dijiste y la que recibió fue mía y tuya por partes iguales.
- Pero es tu hija.
- No entiendo bien qué me querés decir, pero si es lo que imagino, me ofendés. Qué querés que le diga. Tiene veinte años. Ya tiene edad de vivir como quiera.
- Pero no en nuestra casa.
- Desde cuándo hay que pedir permiso para vivir.
- Desde el momento que la estamos manteniendo. Yo escuché que le decías que la trajera en auto pero nada más.
- Y qué más le iba a decir. Su vida privada es su vida privada. Ni vos ni yo nos podemos meter. Ya va a venir, vas a ver.
- Yo no estaría tan seguro. Si estuviese con un chico de su edad sí, volverían para pedir algo. Pero no te olvides que la dejaste quedarse a dormir con un hombre mayor, que tiene su vida, su trabajo y lo que le faltaba lo consiguió.
- ¿Vos creés que hicimos mal en ir?
- Y cómo íbamos a saber que se iban a caer bien.
- No sé. Quizá tendríamos que haberlo presentado.
- Imposible. A tu hija se la veía a gusto en casa. Siempre al lado tuyo, siempre acompañándote.

- Por eso. Es normal. Es una chica que necesita vivir otras cosas.
- Y bueno, ahora tenemos que esperar.
- Esperar qué.
- A ver qué pasa. Si vuelve, si llama.
- Me estás haciendo impacientar.
- Eso no podemos controlarlo, el amor entre dos personas es impermeable.
- ¿El amor? Yo te hablaba de sensaciones pasajeras.
- A veces, surge así el verdadero amor, ¿o no?
- No sé, no me acuerdo. Cómo fue entre nosotros.
- Otra cosa. Intercambiábamos ideas, recaudos, proyectos.
- Y no sé qué tan bueno fue eso, ¿o vos estás totalmente convencida de lo que nos unió?
- No eran miradas, solamente. Las palabras precisan, despejan, señalan, ayudan, no te dejan solo.
- Vos y tus miedos.
- ¿Mirá si el señor se la queda para siempre?

2- Madre y hermana.

- Me duele la cabeza de tanto alcohol.
- Buen día, ¿no?
- Es que es malo por el dolor con el que me desperté.
- Y por qué, ¿tomaste tanto? Yo no te vi.
- Es que vos también tomabas. No entiendo cómo se multiplicaban las botellas sin parar.
- Me parece que el señor tiene un kiosco y vende productos de almacén. Seguro tuvo contactos para conseguir más barato las bebidas o hizo canje, andá a saber.
- Puede ser. Había una sidra riquísima. Ahora, igual me arrepiento. Ya me veo todo el día en la cama para recuperarme.
- No seas sonsa, tomate un analgésico y listo. El día está hermoso, hacete algún programa.
- La verdad es que muchas ganas no tengo, quizá después.
- Como quieras.
- A la que la vi muy de aquí para allá con el dueño de casa fue a la mayor.
- Sí, no me hables que no llegó todavía. Ya es el mediodía, a qué hora piensa volver.
- ¡Ay! Dejala, seguro se está divirtiendo. A mí me cayó bien el señor. Fue muy atento con nosotras, pensá que nos conocía de vista y nos abrió la puerta de su casa.
- Yo creo que a tu hermana ya la venía mirando desde hacía rato, las cosas no son de un día para el otro, y como escuchó que no teníamos con quién pasarla, nos ofreció estar con él. Pero, desde el fondo de mi corazón, creo que lo hizo por conveniencia.
- Ayer no decías eso.
- Lo sé.
- Decías que te parecía un hombre bueno, que sabía escuchar. Hasta dijiste que te daba lástima.

- Ya sé pero estoy arrepintiéndome. Algo me dice que no está bien. Intuición de madre, brujería.
- Yo creo que tendrías que ser más positiva y pensar que algún día se iba a ir.
- Me pregunto por qué con un hombre así.
- ¿Un hombre mayor?
- Sí.
- Quizá para sentirse protegida como si fuese un padre.
- Pero ustedes tuvieron.
- Padre y padrastro. Tuvimos mucho y poco a la vez. Mucho escándalo. ¿No te parece?
- Siento una culpa terrible. Que haya buscado lo que yo no supe encontrar para el bien de las cuatro.
- Hiciste lo que pudiste. Nosotras no somos quiénes para decirte nada. El deseo de mujer está por sobre el de madre.
- No sé de qué me hablás.
- Yo no creo que una mujer elija al padre de sus hijos cuando tiene relaciones. Creo que le gusta y punto.
- Qué se yo, me da pudor hablarlo con vos.
- Seguro que vos nunca hablás, de tus cosas íntimas, con nadie.

3- Madre y padre.

- Hola, perdoname, ¿te desperté?
- Y sí, te diste cuenta a qué hora me estás llamando.
- Ya sé. Es que estoy activa, preocupada. No puedo dejar de pensar.
- ¿Y te quedaste sin compañero para compartir tus pensamientos?
- Es que son preocupaciones. Dije eso por decir pero no pienso, deambulo, devoro, cosas terribles se me aparecen una tras otra por mi mente. Estoy agotada.
- Pero qué pasa.
- ¿No te llamó a vos?
- Quién.
- Tu hija mayor, quién va a ser.
- No.
- ¿No estará ahí con vos y no me querés decir?
- ¿Estás loca?, tranquilizate, qué te pasa.
- Todo y nada a la vez. Son sensaciones que me deshabitan a cada segundo. Como si me sacara la ropa, luego la piel, los órganos pero yo siguiera funcionando por magia de un poder divino, arraigado a la tierra que no me traga para que la defienda.
- De qué me hablás.
- Del hombre con el que pasamos la fiesta ayer.
- Qué hombre.
- El dueño del kiosco que está frente a la escuela donde va la nena. A la salida siempre vamos, compramos y nos quedamos charlando de cualquier cosa, porque sí.
- ¿Y entonces?
- Escuchó que no teníamos con quién pasar la fiesta y nos invitó a su casa y se quedó con tu hija, por eso te hablo, mirá la hora que es y no volvió.
- Quedate tranquila, ya va a volver. ¿La llamaste?
- Sí, pero no atiende el teléfono.
- Nosotros tampoco atendíamos cuando nos enamoramos.

- ¿Vos creés que están enamorados?
- O se están enamorando.
- Yo te digo, eso no es amor, es conveniencia. La miraba raro. Como si ella le fuera útil a la casa, al negocio, a su pasatiempo, sus caprichos.
- El amor es un capricho.
- Para vos, para mí es otra cosa pero nosotros no somos un tema. Tengo un presentimiento, como si la hubiera hechizado y se quedara para siempre con él, y dejara de extrañarnos, dejara de entrar en razón.
- Me parece que la que se está poniendo irracional sos vos.
- Puede ser pero el propósito es coherente aunque mi modo sea como esta madrugada, gritos artificiales que explotan que no se comparan con la fuerza con la que quiero salir a buscarla.
- Y salí pero no vayas sola.
- Yo me pregunto para qué te llamo.
- Eso mismo me pregunto yo, para qué llamaste, si no te gusta lo que digo andá a dormir.

4- Madre y hermana.

- Decime algo.
- Qué querés que te diga, va a estar todo bien.
- Salgamos.
- Adónde.
- A buscarla.
- ¿Decís de aparecernos en la puerta de la casa?
- Sí.
- Con qué propósito.
- Saber si está bien, nos saluda, tiene la intención de volver a casa.
- Eso, es ser metidas.
- Metámonos.
- Si te tranquiliza vayamos.
- Te dije, nadie abre la puerta.
- Deben haber salido a hacer algún mandado.
- Busquemos por el barrio.
- Yo miro, vos probá con el teléfono.
- Mejor al revés.
- Yo miro, vos llamá.
- No está.
- No atiende nadie.
- Me parece que es ella.
- Sí.
- Crucemos de vereda.
- ¿La saludamos?
- ¿O los seguimos?
- Mejor seguirlos, si los saludamos se van a dar cuenta.
- Qué te dije, ya van agarrados de la mano.
- ¿Y qué pensabas que se había quedado en su casa para charlar?
- No.
- Parecen estar noviendo. Te aseguro que esta no vuelve.

- Ya vas a ver cómo se le pasa en unos días. ¿Te acordás que ayer, en un momento dado, el señor dijo que las chicas eran como el yogurt porque tenían fecha de vencimiento?
- Eso lo escuché, pero no sé si era él o hablaba de otra persona.
- Es igual. Si hablaba de otra persona es cercana a él.
- Pero pueden no ser amigos. Con la cantidad de gente que entra y sale del kiosco.
- Cualquiera cosa dicen los hombres con tal de decir algo. A veces sería mejor se callaran.
- Pero las palabras calman, ¿o no?
- Según cuáles, quién te las diga, de qué manera, en qué momento. Con todas las palabras que hay, pronunciar la palabra yogurt, fecha de vencimiento, ¿a vos te dan ganas de seguir escuchándolo?
- Me produce asco.
- ¿Te acordás aquel día que volvimos de vacaciones y no habíamos tirado los productos de heladera? Se había cortado la luz, abrimos la puerta y nos invadió un olor nauseabundo.
- Por eso, si elegís bien las palabras ellas comandan las acciones que previenen disgustos.

5- Padre e hija.

- Hola querida, cómo estás.
- Hola papá, muchas felicidades. Qué raro escucharte.
- Por qué, ¿me estás queriendo decir que nunca te llamo?
- Quizá.
- Cuántas veces lo hago y no atendés el teléfono.
- Y dejás mensajes.
- Y sí, prefiero, antes que volverte a llamar y siempre estés ocupada.
- Tus palabras escuetas.
- Qué tienen de malas.
- Nada, a veces me hacen reír. Hola, cómo estás. Te llamaba para mandarte un besito. Espero que estés bien. Ya nos veremos. Te quiero. Hasta pronto.
- Y qué te gustaría escuchar.
- Frases que se estiraran hacia un tiempo exterior al que tenemos. No como me pasa, que me resuenan cosas que sabemos pero no cuidamos. Confiamos en que se cuiden solas, como si hubieran nacido grandes.
- Qué decís.
- Eso, son palabras que aíslan, como un papel transparente que deja ver quién está del otro lado pero no lo deja respirar. Una comunicación anudada.
- Sabés, eso cociné ayer y como sobró, qué te parece si hoy cenamos juntos.
- ¿Y si no te hubiera sobrado, me invitabas igual?
- Por supuesto.
- Pensar que nunca me preguntaste qué comida me gustaba comer.
- Porque siempre cocinó tu mamá y, las veces que intenté meterme, me sacó carpiendo pero espero haberte hecho preguntas que te hayan hecho sentir querida.
- Siempre la ponés a mamá en el medio, hace cuánto que te separaste e igual así, nunca nos preguntaste qué les gustaría comer, vengan a casa que las invito. Nosotras tuvimos que atenderte a vos.
- ¿Alguna vez podrías contestarme sin criticarme?
- No sé, lo voy a intentar.

- ¿Hablaste con tu mamá?
- No, por qué.
- Porque yo sí y está preocupada por vos.
- Ay, siempre lo mismo.
- Llamala para tranquilizarla y yo te espero a la noche, ¿te parece bien?
- Ahora veo si me puedo.
- Qué te lo impediría, con quién estás.
- No te hagas el que no sabe, si seguro ella te contó todo.
- Algo me dijo.
- ¿Ves? Al final me llamás porque antes hablaste con ella.
- Quedamos en que ibas a intentar no criticarme.
- A veces, me imagino que me llamás porque tenés ganas de verme y damos vueltas por el barrio hasta llegar a una plaza que no conocíamos que siempre había estado cerca y nos sorprendemos por sus árboles altos y frondosos y dejamos que sus hojas hablen por nosotros sobre quiénes fuimos, el tiempo que no estuvimos juntos.

6- Mensaje de hermana.

- Hola, ya sé que no me vas a contestar. Ya me das bronca. De qué te las das. Siempre dando la tecla princesa. ¿No te das cuenta que nos preocupamos? Después decís, hablás por mamá, me encantaría saber cuáles son tus sentimientos sin influencias. ¿Eso será posible para vos? Porque para mí, no, sin influencias me queda un susto bárbaro. Vos queriendo ser tan única te cambiarías la sangre. Dónde queda tu amor. Resentido. Como quién querés ser tratada. Nunca pensás en los demás. O, como decís, yo ya pensé, pienso todos los días cuando junto la ropa tirada o pongo la mesa, sabés qué, arréglensela como puedan, estás harta. Y nunca te preguntás si los otros de vos, también. Porque, quizá, nosotros también estemos hartos de tu desaparición. ¿Estás inducida? Hacé lo que tengas ganas pero sé viva, atendé el teléfono, mentí y seguí divirtiéndote. Lo hacés de mala. De querer tener a todos en ronda, en vilo. Egocéntrica. Leona. Rescatada por un señor, eso sos, un pedazo de chuchería brillante por la mitad. Cuando quieras charlar te voy a decir, conmigo no cuentes. Qué fácil es vivir en cualquier lugar y después llorar siempre con los mismos. Mamá y papá se tendría que dar cuenta. Sos la suma de sus vanidades, peleas, incógnitas. Ya te debe haber llamado a vos porque papá conmigo no habló, las pocas palabras de que dispone te las regala, nunca las compartís. Siempre sola jugando en el cuarto. Qué hacías que era tan importante, contame. Contanos. Autoabastecida. Cuándo fue que la imaginación te tragó. Una cosa llevándote a la otra. ¿No es así? La realidad es atendernos. Entender. Tu pensamiento en fuga. Tu pensamiento peligroso. De quién escapás ¿de nosotras? no te puedo creer. Si te queremos. Cómo no distinguís dónde está el bien de dónde está el mal. El mal está en una parte de la cabeza. Sacalo como una corteza que, si está seca, sale así no más. Segunda piel. Tercera piel. Cuarta. Existen hasta la carne. Que se vuelve a regenerar. No seas tonta. Si te digo te amo es te amo. Si te digo te odio es te odio. Ya cuando se mezcla es cualquier cosa. Probemos separar hasta dejar un vacío en el centro, como cuando éramos chicas y amasábamos la harina hacia los costados y en el centro un huevo universo que estirábamos con las manos. Cuantas más manos más

rápido comemos. Con el hambre que teníamos con el hambre que tenemos.
Dale, atendé. Te juro que te guardo algo para la noche. Qué te gustaría comer,
decime y te lo preparo. Queremos que estés bien. Que nos extrañes ¿nos
extrañás? Yo sí. Mamá también. ¿Mamá querés decirle algo? Dice que no
puede hablar. Sospecha. Si despejara la noche sería ideal. Así dormimos. Pata
con pata. Sabemos que llegamos bien. No nos pasó nada. Cabeza con cabeza en
una cama cucheta. Arriba y abajo te mando mi respiración, si te hace falta, ahí
la tenés. Un paquete con un moño multicolor. Me importan tus deseos
venideros. Volvé.

Capítulo 4: Hija y señor.

1-

- Haceme por acá.
- ¿Por acá?
- No, por ahí no, más en el centro.
- ¿Así está bien?
- Perfecto, no te canses, haceme más fuerte.
- Se me cansan las manos.
- Dale, por favor.
- No puedo más.
- Entonces haceme cosquillas.
- ¿Así?
- No, no quiero reírme. Cosquillas para que se me erice la piel. Yo te hago a vos para que te des cuenta.
- Cómo te puede gustar esto.
- Me encanta. Respiro de una manera diferente. ¿Podrías hacerme con un lápiz o un pincel?
- Sí.
- Y dónde los guardás.
- En el cajón de la cómoda en el living.
- Esperame que ya vuelvo.
- Dale.
- Tomá. ¿Sabías que nunca había estado acostada en una cama con un hombre sin que pasara nada?
- Pero pasa.
- ¡Sabés a lo que me refiero!
- Y por qué será.
- Pudor, falta de tiempo, miedo.
- Yo creo que las personas le temen al infinito, será que se parezca a la muerte.
- Pero tendría que ser al revés. La muerte es lo finito.
- O no. Si el infinito es la totalidad de las posibilidades puede ser un desborde. La muerte.

- ¿A vos te pasó?
- ¿De sentir el infinito?
- Sí.
- Una vez en mi casa ayudándola a mi mamá a hacer las cosas de la casa, era de mañana y seguí hasta la siguiente. Veinticuatro horas: limpiando, ordenando, sacando basura, lavando ropa, tendiendo, doblando. Sin comer y sin cansarme. Creí que me estaba enloqueciendo.
- ¿Y nadie te paró? O cómo lo hiciste.
- Sola por agotamiento. Los demás dormían, no se dieron cuenta de nada.
- ¿No hacías ruido?
- Aprendí a no hacerlo, con tal de terminar lo que había empezado.
- Qué brava sos.
- Tuve miedo de mí misma.
- Sos hermosa.
- Con este masaje me hacés entender mi cuerpo, dejo de ser un monstruo, un instrumento.

2- Ambiente.

Mi cuerpo tenso

suave

crece

llega a la mano de un hombre

cama amarilla con frazada violeta

en un dormitorio pequeño con ventana

da a la calle

copas tupidas continúan pensamientos cortados

echada con un vestido de fiesta las piernas desnudas

mirándome

me cuida de una manera especial

sensaciones escondidas en cada hueco

las saca

es un mensaje que no llego a pedir

con su cabeza apoyada en mi pecho

me pide que no me vaya

ojos nublados

fantasía real

y hay coincidencia.

3- Una montaña de cosas que no sirven.

Hay personas que me dieron lo que les sobró
paraguas roto
sábana caída de la cama
ropa impregnada de pelos
crearon un volumen escondido
quién estaba ahí de quién soy yo
llego a los ojos que hay detrás de un regalo
hojas secas sobre las recién nacidas
si saco la muerte la planta pierde prestancia
si las dejo maduro sobre quiénes comparten un jardín.

4- El baile de las alianzas.

- La de antes a la de ahora. Qué le dice.
- LA A LA. LALA. Una canción.
- ¿Triste o alegre?
- Es un aliento que dice que está bien por dónde vas, que estás bien.
- Entonces voy a bailar.
- Dale, animate, por qué esperás. No te detengas.
- A veces, me pregunto cómo me ven los demás.
- Hay preguntas que no sirven. Son espejos espejados. Del otro lado no hay nadie. Yo te creía más viva. Perdés mucho tiempo.
- En realidad siempre hago lo que quiero.
- Si no preguntaras nos ahorrarías explicaciones. El que las quiere o las necesita que te enfrente.
- Siempre lo que quise.
- Como ahora.
- Exactamente. Buscá un lugar para divertirte. Dónde queda en esta casa que conocés hace sólo unas noches.
- Me gusta el piso del living es de madera vieja lustrada, parece una guitarra. A penas me muevo retumba.
- ¿Retumbás?
- Sí, mis pasos debajo de mis pies.
- Tus pies debajo de la tierra, hay una cueva por donde brotan las cuerdas nuevas.
- Yo y yo.
- Vos y yo.
- La de antes a la de ahora. Y la de la ahora a la de antes, qué le dice.
- LA A LA. LALA. Una canción.
- ¿También?
- Oblicua, fluctuante, prevalece una voz prematura.
- Cuidala. Cuidate.

- Cómo me cuesta. No sabés. Es un esfuerzo enorme. La soberbia se convierte en agonía.
- No te protegas más. Menos ahora acompañada. Acompañala.
- No es tan fácil. Sin hablar se puede dudar igual y vivir.
- Es mi voz que atraviesa un claroscuro.
- Un ramo de flores recién cortadas que te regalan. Disfrutalas.
- No puedo.
- Podrás.
- Por dónde empiezo.
- Oliéndolas.
- En tus manos queda el perfume de esta habitación que querés que te adopte.
- Una incubadora.
- Estás madura para enchufar todos esos cables.
- Lo que hagas va a salir bien si sos consciente, perseverante. Es sólo levantarte y transmitir.
- Los pasos de baile nunca fueron tan extraños.

5- Esperanza.

- Hola, llegué.
- Cómo te fue.
- Bien.
- Qué hiciste en todo este tiempo.
- Descansé, bailé, cociné.
- ¿Quedó algo rico para la noche?
- Me parece que no.
- Ahora me fijo.
- Dale. Quiero seguir así.
- Como un gato.
- En este sillón plácido y caliente.
- ¿Hablaste con alguien, hubo alguna novedad?
- El teléfono sonó varias veces pero no quise atender.
- Por qué.
- No es mi casa.
- ¿Y tu familia qué va a decir, que te secuestré?
- No sé.
- Me parece que tendrías que hablar con ellos, contarles.
- Es que nunca se conforman con cuentos. Quieren una explicación.
- Deciles algo cortito, sólo para que sepan cómo estás.
- Mejor que nunca.
- Nos van a odiar.
- A mí, a vos no.
- Cómo no, un señor que desea a la chica que estaba en su casa.
- La de antes vive con vos y la de ahora no sé.
- Lo que sentís se presta a confusión.
- Te dije.
- Voy a pisar el palito y voy a tener que cortar en cuanto pregunten.
- Pregunten qué.
- Cuándo volvés.

- Y decí que no sabés.
- Si escuchan eso no me dejarán entrar más. La casa de antes se vuelve pequeña, mi corazón no cabe. Como esta manzana. Mirala. Llena de mosquitas alrededor. Qué querrán decir. ¿Que están desorientadas?
- Para mí que quieren entrar.
- ¿Vivir dentro de una fruta? Cómo será. Me da intriga, hambre, ganas de pensar.
- Eso nunca te conté.
- Qué.
- Yo me ponía dos como si fueran pechos. Cuando era chica jugaba con mis hijas muñecas y les daba pechos de manzana.
- Me dan ganas de abrazarte.
- Vení.
- Busquemos algo así no más para comer.
- Quiero descansar.
- Quiero descansar.

6- Bebe.

Contacto físico

rama seca de una planta dorada

me la pongo en el pelo

me tapa el cuello, los hombros, parte del pecho

sangre naranja abrigada

se produce una casa con un aroma distante

cachorro cerca y lejos de los demás

lo agarro sin apretarlo

sos nuestro

espero que no se parta

el cesto de mimbre que es mi cuerpo.

Capítulo 5: Después de un año.

1- Bebe e Hija.

- G.
- Ggg.
- G.
- Ga.
- T.
- Tu.
- T.
- Tú.
- T.
- Tutú.
- A.
- Ajá.
- Aaa.
- Ajó.
- O.
- ¡O!
- Guaaa.
- Por qué.
- Qué le pasa.
- Guaaa.
- Venga para acá.
- U...
- U...
- Upa.
- Listo.
- Ya pasó.
- Ma.
- Mamá.
- G.
- Galletita.

- Ggg.
- Eso es. Busquemos una.
- Am.
- Tomá.
- Am.
- Despacio.
- Siesta.

Había una vez una niña que tenía que regresar del bosque a su casa.

Su madre le dio una galletita en la que anotó la dirección.

La niña de hambre entró en confusión.

Si no la comía llegaría.

¿Si no comía llegaría?

Entonces la comió y se perdió.

Fin.

- Ajá.
- Ajó.
- Esta historia no te pasará a vos.

2- Señor y bebe.

- Chiquito.
- Sh.
- Chiquita linda.
- Sh.
- Nunca me imaginé que iba a pasar algo así.
- Sh.
- Hasta que pasó.
- Sidra. Mujer. Almendras. Jardín. Año nuevo.
- Sh.
- Poco trabajo.
- Sh.
- Tendré que esforzarme más para que no te falte nada.
- Sh.
- Nada te va a faltar.
- Sh.
- Yo tuve una hija.
- Sh.
- Tengo.
- Tenés una hermana. Ya te la voy a presentar.
- Sh.
- Pero era muy joven y tonto.
- Sh.
- No sabía lo que hacía.
- Sh.
- No huí.
- Sh.
- Pero tampoco estuve.
- Sh.
- Como estoy ahora con vos. Al lado.
- Sh.

- Espero que me perdone.
- Sh.
- La extraño tanto a veces. Que no sé si llamarla. Qué decirle. Que no sean todas lágrimas.
- Sh.
- No llores.
- Sh.
- Nos digo.
- Tantos años por vivir que no vale la pena.
- Sh.
- Vivámoslos.
- Sh.
- Sin mirar atrás aunque sepamos que están.
- Sh.
- Es tan lindo verte dormir.
- Sh.
- Suave.

3- Madre y bebe.

- No sé cómo pasó tanto tiempo.
- Silencio.
- Cómo dejé pasar.
- Silencio.
- Lo tonta que fui.
- Silencio.
- No supe qué hacer.
- Silencio.
- Cómo acercarme.
- Silencio.
- Todos los días cuando busqué a tu tía en la escuela. Vos crecías. Yo no te vi.
- Silencio.
- Me arrepiento.
- Silencio.
- Me sentí defraudada.
- Silencio.
- Sí, por mi hija, que es tu mamá.
- Silencio.
- Había quedado conmigo. Me engañó.
- Silencio.
- Ella y su novio, tu papá.
- Que además de amarla y trabajar, iba a incentivar el estudio.
- Silencio.
- Pero te tuvo a vos.
- Silencio.
- Ya no podrá.
- Silencio.
- Yo pude con ella, las chicas, la casa, dos parejas y una profesión.
- Silencio.
- Pero entenderla no.

- Silencio.
- Entenderte.
- Silencio.
- Los bebes también necesitan comprensión.
- Silencio.
- Sólo eso.
- Silencio.
- A veces las palabras te encastran. No sé cómo hacer para llegar a vos. Es un pantano la cuadra que nos separa. Un derrumbe.
- Silencio.
- Tantas ganas de conocerte y abrazarte.
- Silencio.

4- Padre e Hija -bebe-.

- Hermosura del abuelo. Increíble real.
- Qué decís, pá.
- La cara bebe junto a la tuya.
- Viste qué linda.
- Te miro y le hablo. La miro y te hablo.
- Me hace acordar a vos y no sé a quién me dirijo. Si es ahora o cuando te tenía en mis brazos.
- Hablanos a las dos.
- Te me escurrías como una lagartija entre los dedos. Me daba miedo asfixiarte si te sostenía.
- ¿Querés alzarlo?
- Prefiero mirarlo. Ahora que se quedó dormido no lo despertemos.
- Cuándo fue la última vez que miraste algo o alguien durante mucho tiempo.
- ¡Ay! Qué pregunta.
- Pero si tuvieras que decirme algo, así no más, lo que te salga.
- Me parece que a tu mamá, un día que fuimos al río. Ustedes ya eran grandes y correteaban, no teníamos que estarles atrás como en los primeros años. Creo que no fue mucho tiempo sino la intensión del retrato. La miré y me gustó. El pelo rojo y suelto, los hombros caídos, una camisa cuadrillé, un pantalón azul y botas rojas de lluvia.
- ¿No se volvieron a ver?
- No.
- Me parece que tendrían que verse y abrazarse.
- No es tan simple como decirlo.
- Ya lo sé.
- Siento que no me perdona.
- Como te vas a disculpar por haberte enamorado. El amor llega, te pasa y listo. Si a los demás no les gusta, son de palo. Ahora si el amor te hiciera daño, eso ya es otra cosa.

- Es que es eso lo que ella no comprende. El hecho de que no haya querido volver a casa, que no haya querido seguir estudiando, que no haya querido a un hombre de mi edad es daño.
- Ahí ya me parece que se equivoca. Que te hayas opuesto a sus querencias, quizá sea su desilusión.
- Eso me pesa.
- Tendría que pasarte al revés. Las desilusiones son tu libertad, ¿no estás viviendo lo que querías?
- Sí, aunque a veces me siento sola. Me gustaría compartir esta alegría con ella.
- Y llámala.
- No.
- Siempre fuiste muy orgullosa ¿Sabés las cosas que te perdés y las que hacés que se pierdan los demás?
- Sí.
- ¿Entonces?
- Desajustate el cinturón y disfrutá.
- Hablar con vos me da un hambre bárbaro, ¿me traerías algo de la heladera?

5- Hermana y bebe.

- Cada vez que pasé cerca te pensé.
- G.
- Cada vez que estuve lejos, te pensé, también.
- Ggg.
- Me dio no sé qué hablar con mi hermana para tener la oportunidad de conocerte, hablar con vos.
- T.
- Tuve una imagen de que te hacíamos una cuna alta, cucheta. Para que no te rozaran nuestros movimientos cotidianos. Nuestras fricciones.
- Tu.
- Pero a vos te daba miedo cuando te despertabas, no te dabas cuenta que no te ibas a caer porque estábamos nosotras abajo. Como un colchón.
- Tú.
- Témpano de seda azul. Tengo la garganta quemada. Me arde.
- Ajá.
- Las palabras no dichas son un misterio violento.
- Aaa.
- Yo prefiero que me digan las cosas de frente, que no anden diciendo detrás de mí, me ocultan. Las palabras no están atrás ni adelante. Están en el cuerpo. O de dónde salen.
- O.
- Pero no me animé.
- ¡O!
- Discutir.
- Guaaa.
- Soy débil. Lloro. Me voy.
- Guaaa.
- Y si uno quiere se tiene que quedar a defender lo que ama. Yo no pude. Y te extrañé.
- U...

- ¿Serás rubio o morocha? ¿tendrás el pelo largo o corto? ¿te habrán perforado las orejas para ponerte aros?
- U...
- Yo te compré estos. ¿Te gustan? ¡Viste qué lindos, qué simpáticos!
- G.
- Dos florcitas doradas con una piedrita brillante en el medio.
- Ggg.
- Te los voy a dar cuando me atreva a cruzar la calle que nos separa. Ese día vamos a olvidar.
- Am.
- En eso consiste ser valiente ¿no? Dar un paso enorme para que los pensamientos malos dejen de circular por la sangre.
- Am.
- La que compartimos es la que compartiremos.
- Ajó.
- Ahora te mando un beso, con la forma de este adorno, que es para siempre.
- M.

6- Madre e hija.

Sueño que tiene la madre:

Traje de felpa gris rosa amarillo. Hijos. ¿Inmolación? Casa. Muebles antiguos pintados. Color bebe. Más un piso vinílico. Artificial. Exageración. Tarta. Leche y atún. Asco. Agotamiento. Dormir. Hijo quiere tomar la teta. No. Puedo abrazarte.

Pensamiento que tiene la hija cada vez que se baña:

Me lavo el pelo con doble champú. Cae agua enjabonada. Grasosa. Dibujo con la punta del dedo del pie. Por qué no viniste a verme en todo este tiempo. Aunque no haya querido verte ni hablar con vos. Te necesitaba. Te necesito. El lenguaje del amor no es. Un ramo de flores con tallos dorados y pétalos que viven para siempre. Se secan y caen. Hay que reponerlos. Es un trabajo. Volver a sembrar. Y esperar. A que las cosas crezcan. Como este bebe. Nueve meses de gestación. 270 días adentro de mi cuerpo. En total, contá cuánto me tuviste adentro es más de lo que estuvimos afuera. Estamos. Pero vos no. Decidida a que yo fuera a tu medida. Criada de tu misma sangre de la boca hacia afuera profesional. En qué momento iba a gustarme algo con todo lo que había que hacer. Sólo escapándome. Me atendieron. Por primera vez fui hija y mamá. Princesa en una habitación con cama doble. Las colchas son pesadas como las cortinas que tapan nuestras caras. Un disfraz. Quiero descocerlo y que vengas. No basta recordar buenos momentos atacan los malos. Un paso. La madre sale primero. Pone palabras. Algodón que limpia el maquillaje sin raspar. Nos presentamos de nuevo. Ni bien ingresás por la puerta te convido el bebe que pasa por la garganta directo al corazón se forman hebras de té especiales. No es confusión. Mirá la cabeza redonda, entra, sin escrúpulos, por el agujero de la remera. Vagina abierta y no duele más. Se va cerrando de apoco. Yo no quiero olvidar el funcionamiento de esta infusión. Cómo se relacionan las partes para mantener una temperatura viva. Vení que no podés- vení que no pudiste. No te voy a lastimar y este tampoco. ¿No ves que no tiene fuerza todavía? Hay que ayudarlo. Toda esa energía desperdiciada. El odio nos vuelve livianos. Tomá esta sábana. Envolvémelo. Cuidámela como la que más hayas querido. Como yo

te cuidaría a vos cuando dejes de saber porque se te olvidó. Vieja. Bebe. Joven.
Mientras que las piernas nos den. Querámonos sin ser la copia fiel. No sabés cuánto te
extrañé. Viniste a verme en mi pensamiento. Saliste por acá y dónde llegaste ¿Tan
largo era el camino? ¿Tan lejos me quería ir? Una escritora nos junta, literatura paloma
cesárea de letras negras. Lleva mensajes y volvemos a abrazarnos.

Tamara Domenech

La Plata, 1976. Vive y trabaja en la Ciudad de Buenos Aires. Es Licenciada en Comunicación Social (UNLP), Diplomada en Gestión Cultural (UNSAM), Profesora del Nivel Superior (UTN), escritora, editora y artista visual.

tiempodorado.com

www.instagram.com/tadomenech

www.instagram.com/ediciones.presente